

benevolencia. Celebró el 16 de Septiembre en Dolores, rindiendo tan profundo homenaje á los padres de la patria, que muchos buenos mexicanos quedaron fascinados...

Volvió á México, y bajo la influencia anti-francesa de su secretario Eloin, el problema quedó planteado ante él sin solución posible: ¿era un emperador de burlas? ¿gobernaba él ó el mariscal Bazaine? ¿quién era el monarca, Maximiliano ó Napoleón? ¿podía durar esto? ¿había medio de transformar esta ominosa situación? ¿eran compatibles la absoluta supremacía militar de Francia y un gobierno libre?

La solución del problema imperial parecía ser ésta: apoyar al imperio sobre un partido nuevo, bastante fuerte para hacer inútil la ocupación francesa. ¿Qué elementos debían formar ese partido? El príncipe había observado y meditado; para él, y con justicia, fuera del grupo reformista no había elementos políticos vitales en el país. Los nombramientos de Ramírez, y luego de un moderado juicioso ó inteligente, Escudero y Echanove, y de un radical, Cortés Esparza, para componer el nuevo gabinete; la presidencia del Consejo de Estado, dada al señor Lacunza, y un grupo de liberales jóvenes y reformistas exaltados, llamados á formar parte de ese Consejo, fueron la señal clara de la nueva orientación.

¿Por qué esos buenos republicanos y reformistas de honradez y de talento prestaron su adhesión al imperio? Su educación de abogados, de ingenieros, de estadistas, la habían hecho ó en Francia ó en libros franceses; como buenos franceses mentales, su fe en la infalibilidad filosófica de Francia y en la inmortalidad del poder militar de Francia era inmensa; y como buenos franceses actuales, su ciega confianza en el talento y en la autoridad de Napoleón corría parejas con la de casi todos los hombres de Estado europeos en aquellos días. Así dispuesto su ánimo, creyeron que la República de Juárez había muerto ó que, si resucitar pudiera, sería únicamente por la acción directa de los Estados Unidos, lo que les espantaba profundamente; de esta creencia pasaron á la necesidad de aceptar la situación con este fin: salvar del naufragio de la República la Reforma primero, la Reforma á todo trance; Maximiliano estaba resuelto á ello, precisaba ayudarlo. A seguida era conveniente acabar con la necesidad de la ocupación francesa una vez salvada la Reforma. Para ello era indispensable consolidar el imperio, y Maximiliano les demostraba elocuentemente esta necesidad. Y como ninguno de ellos (todos conocían bien la historia de su país) creía posible la duración de la monarquía, reservaban para el fin de la intervención un arreglo nacional que produjese la resurrección de la República sobre amplias bases definitivas, y Maximiliano estaba perfectamente de acuerdo en este programa; tampoco él creía en la monarquía, sino como un régimen provisional. A todo esto hay que añadir el ascendiente personal que el príncipe ejercía sobre sus interlocutores. Esta es la explicación racional de la aglutinación de una buena fracción del partido reformista en derredor del trono; es algo parecido á lo que sucedió con los revolucionarios y Napoleón á principios del siglo.

El que esto escribe, por personalísimas razones, siente grave pena al confesar que, cuando se compara la conducta de quienes así se engañaron, con la de los que resistieron á todos los halagos, exponiéndose á todos los peligros y sometiéndose á todos los sacrificios, permaneciendo sencillamente fieles á su bandera y á su religión política, resulta ésta tan superior moralmente á aquélla como lo es en el orden intelectual la verdad respecto del error.

Los hechos vinieron á reafirmar en sus propósitos á cuantos habían contribuído á la

formación del imperio liberal, de «la monarquía democrática,» como solía decir Maximiliano. La victoria, con las alas empapadas, ¡ay!, en sangre mexicana, retiraba casi por todo el ámbito del país el círculo de acción del imperio; perdidos Tamaulipas, que Dupin martirizaba con sus hordas vandálicas; Coahuila y Nuevo León, de donde Juárez y el gobierno se retiraban; deshecho en Majoma, en una triste batalla, el ejército que servía de égida al trashumante presidente; desbaratada en el Sur de Jalisco la fuerza de Arteaga, y extinguida en apariencia la resistencia allí y en Michoacán; en Oaxaca, debelado, más por la presión de las divisiones francesas sobre el grupo republicano, casi moralmente disuelto, que por efecto de los combates, el último gran baluarte de la República armada, parecía que el año de 65 sería el de la consolidación del imperio y el fin forzoso de la intervención, que los funcionarios reformistas hostilizaban cuanto podían, con poca cordura acaso. Y al compás de estos señalados triunfos el emperador desenvolvía su programa reformista; comprometido á hacerlo con Napoleón, no habría necesitado que esta promesa lo estimulara; Maximiliano, ya lo hemos dicho, era tenido por liberal y aun afiliado en las logias franc-masónicas, poco devotas á la preponderancia de la Iglesia; los reaccionarios, con todo, esperaban de él un acuerdo con el Papa y suponían que nada se haría sino mediante un concordato; sólo un viejo veterano intransigente de las revueltas clericales, el padre Miranda, no se engañó: Maximiliano es peor que Juárez, solía decir. El inflexible Pío IX, bajo el influjo insensato de los obispos mexicanos, encontró el medio de precipitarlo todo, enviando al emperador un Nuncio sin facultades de ninguna especie para transigir respecto de la nacionalización de los bienes eclesiásticos y con una lista de exigencias que colocaban al nuevo imperio en muy inferior condición respecto de la Iglesia que la de los virreyes; Maximiliano tomó una actitud resuelta, aplaudida al unísono por los reformistas y los franceses; después de una breve y terrible lucha diplomática con el Nuncio, declaró que tenía derecho al patronato eclesiástico como los reyes de España, que la religión católica era la del Estado, pero que los cultos serían tolerados amplia y francamente, y encomendó al Consejo de Estado la revisión de todas las operaciones de desamortización y nacionalización practi-



El general Donay

cadadas desde 56, con objeto de invalidar las ilegales. Esto, que era la sanción definitiva de la Reforma, pero que inquietó profundamente á los adjudicatarios, como lo observaba juiciosamente la emperatriz, fué la sentencia de muerte del partido reaccionario. No considerándose capaz de impedir por sí solo que la Reforma se consumase, había acudido al auxilio de Francia y había transformado radicalmente las instituciones del país, á costa de un mar de sangre mexicana. Y Francia y el imperio de consuno habían declarado legalmente consumada la Reforma; ya no podría jamás volverse sobre ella; la Nación la había fundado en medio siglo de incesantes luchas, la intervención la consolidaba, reconociendo completamente su identificación con las necesidades y los intereses del pueblo mexicano; como que era el corolario forzoso de la independencia, como que era, en el orden social, el fin del régimen colonial.

El partido que luchó con la Revolución desde que se inició en España en 1813, desde antes quizás, desde los tiempos de Carlos III; el que fué en México, primero colonial, conservador intransigente luego, después conservador constitucional y, cuando el partido reformista conquistó definitivamente el poder, á seguida de la invasión americana, que mostró la disolución íntima del clero y el ejército, reaccionario absoluto, este partido cesaba su vida política en la historia de nuestro país; el germen de muerte que llevaba en su incompatibilidad con la atmósfera de su siglo, produjo su resultado postrero: cayó muerto para siempre á los pies del hombre á quien había casi divinizado, á pesar de que remarcaba con sorpresa que su corona no estaba rematada por la cruz, sino por la piña, el fruto simbólico de la riqueza tropical. El error inmenso de la entidad política que moría consistió en creer que, porque la masa social era en México católica, había de consentir en hacer del catolicismo un instrumento de dominación política; mientras la Reforma respetase la libertad de conciencia y no se inmiscuyese ni en el dogma ni en el santuario, lo demás podía no serle indiferente, pero resueltamente lo posponía á la paz y al fin de las guerras civiles. Esto jamás lo supieron ver los reaccionarios, y por eso merecieron que, al caer mortalmente heridos más allá del muro de la traición á la patria, el hombre de quien esperaban un milagro les diese el tiro de gracia.

Pero al morir los reaccionarios arrastraron consigo al que fué á un tiempo su verdugo y su víctima. Porque entonces se vió claro el estupendo contrasentido de la intervención y el imperio; este régimen se había inventado para hacer cesar la guerra civil, y había matado más, incendiado más y amontonado más ruinas en tres años de guerra que los combatientes de medio siglo de discordias intestinas; se había inventado para crear una hacienda pública que respondiese á Europa de la deuda con ella contraída, y la deuda había subido á una suma vertiginosa y Napoleón insistía en recoger en prenda, no en pago, el monopolio de la explotación de Sonora; se había inventado para apoyar á un verdadero partido nacional, como si un ejército extranjero hubiese servido nunca para esto, y Maximiliano trató de formar ese partido precisamente para desembarazarse de ese ejército. Ahora bien, ese partido estaba formado ya con un grupo militar, incapaz de mantenerse dueño del país una vez retirados los franceses; con la mayoría de los propietarios, cada vez menos creyentes en la consolidación del imperio; con los reformistas, que habían cambiado, no de bandera, pero sí de águila; este grupo ni era de acción ni tenía raíces en las masas, de donde salen los ejércitos y los triunfos; servía para legislar, era inútil para luchar; tal era el nuevo

partido, el partido imperialista; muchos reaccionarios quedaron dentro de él por hábito de sumisión, por fanatismo monárquico ó por adhesión profunda y personal á Maximiliano.

Entonces se supo que la guerra de secesión en los Estados Unidos, que se juzgaba que podría prolongarse uno ó dos años más, había terminado con la rendición de Lee, de Johnston, la toma de Richmond y la captura del presidente rebelde; súpose que Lincoln había sido ímpidamente asesinado, pero que el que entraba en su lugar en la presidencia era, tanto ó más que el gran presidente mártir, un amigo activísimo de los republicanos en México, y, con un poco de perspicacia, se veía surgir la dificultad suprema; alguien dijo que al saber Maximiliano la noticia del fin de la guerra de secesión, exclamó: «Es el fin del imperio.»

Era el fin del imperio; porque si la resistencia quebrantada, desarmada, aniquilada, casi obligaba á Francia á mantener un ejército en México, ¿qué sería en caso de guerra con los Estados Unidos, que tenían en aquel momento centenares de miles de hombres sobre las armas? ¿En dónde encontraría recursos Francia para hacer frente á tamaña emergencia cuando necesitaba toda su fuerza en Europa, en donde la desorganización de la antigua confederación germánica amenazaba ya con una de las crisis más temerosas y sangrientas del siglo? Sin la complicación europea, Francia no habría temido una guerra con los Estados Unidos, segura de tener como aliada á Inglaterra; pero con esta complicación todo se volvía difícil por extremo, imposible en realidad.

El año de 65, que había comenzado con la pacificación del centro del país, con la adhesión al imperio de cuantos creyeron en su consolidación, de cuantos ponían la garantía de sus intereses materiales por encima del interés de la patria, de cuantos el prestigio militar de Francia y el terror de la intervención americana ofuscaba, fué el año de prueba; quedó comprobado, en el apogeo del triunfo y de la fuerza, que el imperio era imposible. La resistencia, persistente en todos los ángulos del país y que millares de ejecuciones no bastaban á dominar, tomaba repentinamente en Michoacán, en Sonora y Sinaloa, en el



D. Antonio Rosales